

CAPÍTULO 2

Los primeros años de Anandamayí

ANANDAMAYÍ NACIÓ el 30 de abril de 1896, en una pobre pero prestigiosa familia Brahmán, en una pequeña aldea llamada Kheora, situada en el distrito de Tripura. La zona está ahora en Bangladesh, pero entonces formaba parte de la provincia de Bengala, en el extremo oriental de la India. Le dieron el nombre de Nirmalá Súdari Devi, que significa Belleza Inmaculada, y fue una niña alegre y feliz. Los detalles de su infancia son escasos, como poco llamativa era la vida cotidiana de su laboriosa familia. Aunque no haya ningún motivo para fantasear sobre la vida pobre rural de la India, sería igualmente poco realista suponer que en la infancia de Nirmalá Súdari el ámbito de la imaginación y el juego estuvo de alguna manera empobrecido; por el contrario, estuvo lleno de «intensas fantasías». Aunque profundamente rural, el entorno bengalí se estaba desarrollando con una nueva vitalidad cultural, produciendo también grandes figuras espirituales, como Ramakrishna y Vivekananda. Aunque sólo ecos muy vagos de todo ello hubieran llegado al distrito de Tripura, la cultura popular local alimentaba la imaginación de los bengalíes de la aldea. Existe un lirismo inherente en esta cultura rural que se percibe en los escritos del gran poeta bengalí moderno Rabindranath Tagore. Cuando trato de imaginar el tipo de infancia que pudo tener Anandamayí, pienso en el *pathos* y la belleza obsesionante de los niños de la obra maestra del director de cine Satyajit Ray, *Pather Panchali*. Imagino también que los claros del bosque, los arrozales y charcas de esa película no serían muy diferentes de los que ella conoció.

En su *Glimpses of Bengal*, escribe Tagore: «El flujo de vida en la aldea no es veloz, pero tampoco enteramente inactivo o inerte. Trabajo y tiempo libre andan al mismo paso, como si caminaran juntos de la mano... Parecen armonizados en una música tranquila, soñadora e impregnada de patetismo, algo inmenso, pero también contenido». En un ensayo sobre la negligencia moderna de las aldeas de la India, «The Robbery of the Soil», Tagore compara la aldea con la figura de una mujer negligente: «En sus manos está la cuna de la raza. Están más cerca de la naturaleza que las ciudades y están por lo tanto en un contacto más estrecho con la fuente de la vida. Tienen la atmósfera que posee un poder natural de sanación. Como las mujeres, satisfacen las necesidades elementales de la gente, con comida y alegría, con la simple poesía de la vida y con esas ceremonias de belleza que la aldea produce espontáneamente y en las que ella se deleita». Yo añadiría otro detalle a esta evocación de las aldeas de Bengala, que recuerdo vívidamente de algunos días maravillosos que pasé en el distrito de Bhirbhum en casa de un músico extraordinario que había conocido a Tagore, el místico baul Nabani Das. Vivía en una típica cabaña de barro y paja en medio de los campos, lejos de cualquier aldea, y pasamos el día en la tierra apisonada, en el exterior de su sencillo hogar. Lo que más recuerdo es la misma *tierra*: nos sentamos sobre la tierra quemada por el sol con la perspectiva, próxima al suelo, de los terrones de los campos arados extendiéndose hasta el infinito bajo un cielo inmenso. Aquella vista desnuda se abría a un vacío limpio de todo, salvo de la omnipresencia de Dios.

El padre de Nirmalá Súdari, Bipin Bihari Bhattacharya, era un devoto váishnava con el típico amor bengalí por la música devocional, que compartía con su hija, enseñándole sus muchas canciones. Los bengalíes son muy musicales; el canto, más que

cualquier otra forma de arte, es el principal vehículo para la expresión de su naturaleza emocional, el desarrollo de su exquisita lengua y el conducto principal por el que la cultura espiritual de la zona fluye de forma tan fecunda. A Dadamahasya (como llegó a ser conocido el padre de Nirmalá en los áshram de su hija), en sus últimos años un anciano caballero majestuoso y barbudo, le gustaba agasajar a los invitados con himnos que él y su hija habían compuesto. La madre de Nirmalá, Mokshadá Súdari Devi, familiarmente conocida como Didimá, era una mujer amable y piadosa que vivió hasta una edad avanzada; tomó *sannyasa* (se convirtió en una renunciante vestida con las ropas de color ocre) con el nombre de Swami Muktananda Giri, y acompañó a su hija en sus incesantes peregrinaciones.

Para formarse una descripción mental de Kheora es necesario comprender que era sólo una aldea perdida entre las muchas de la región déltica. No hace mucho tiempo una francesa que iba en peregrinación a visitar el lugar de nacimiento de Anandamayí buscó la zona durante una semana, sin ningún éxito. Desamparada en mitad de ninguna parte y llorando, fue finalmente rescatada por un amable bengalí en una motocicleta que la llevó a su destino. Kheora está cerca de la frontera oriental de Bangladesh; el estado indio de Assam está sólo a varias millas. Pero la visita para ver el verdadero lugar de nacimiento es una experiencia frustrante porque la casa familiar de Nirmalá Súdari fue comprada por unos musulmanes poco después de que ella se marchara y fue drásticamente alterada.

El devoto francés Claude Portal, uno de los últimos en recibir la *diksha* de Matají, me describió Kheora después de una visita reciente:

Es una aldea muy pacífica y acogedora en una zona hermosa, muy llana, con muchos campos pequeños alrededor de cada pequeña aldea. El suelo es arenoso, muy suave y ligero para los pies desnudos, ¡y eso es agradable! Hay varias charcas alrededor de Kheora y muchos pequeños claros en el arbolado impregnados con la atmósfera intensa del lugar. La aldea es demasiado pequeña para tener una mezquita, pero todavía queda un santuario hindú muy sencillo, reducido tan solo a cuatro paredes. En conjunto, una aldea de aspecto delicioso. Casi indistinguible de otras muchas. ¡Qué pequeña es!

Sin duda hay un tono legendario en todos los relatos de la infancia de Nirmalá Súdari en esta familia de casta elevada, pero de esto no es solamente responsable la imaginación piadosa. En el nacimiento de Nirmalá, nos cuenta Gurupriya Devi, su madre no sufrió demasiado, produciéndose el parto después de diez minutos de dolor moderado. Didimá puso a Nirmalá bajo una planta de *tulsi* (albahaca) durante un rato la mañana después de que naciera y, durante dieciocho meses, pondría a la niña bajo la planta todos los días. El *tulsi* está consagrado a Krishna y habitualmente se utiliza para hacer guirnaldas los días de fiesta, quemando incienso ante él. Apenas fueron visibles algunos signos de la naturaleza especial de Nirmalá, incluso al ojo más atento. Sin embargo, se advirtió que apenas se la oía llorar. Éste y otros signos sugieren que era una niña un poco inusual, pero como nadie comprendía lo que estos signos podían presagiar, pasó por una niña corriente. Entraba curiosamente en trance cada vez que escuchaba música *kirtan* o el canto musulmán del Namaz. Y una noche, sin que nadie lo advirtiera, se sentó fuera de la tienda de unos misioneros cristianos para escucharles cantar himnos en un estado de éxtasis solitario. Cuando creció, los estados extáticos de

la niña se hicieron más evidentes y mucha gente llegó a considerarla retrasada; la propia Didimá decía a menudo que era una simplona.

Antepasados de las dos partes de la familia habían logrado distinción espiritual: su padre procedía del conocido clan Kashyap de Vidyakut. Antes de que Nirmalá naciera, salió un día y desapareció —a la manera en que los brahmanes de este tipo acostumbraban a hacer— convirtiéndose en una especie de peregrino vagabundo sin objetivo claro. Regresó tres años después como si nada hubiera ocurrido. Por las apariencias externas, Nirmalá Súdari era agradable y bella, con carácter despierto y risueño. Aparentemente, todo el mundo le tenía cariño. La población de la aldea era predominantemente musulmana, y las relaciones entre éstos y las familias hindúes eran completamente amistosas. Los musulmanes llevaban a menudo a la niña en brazos, y este afecto ha permanecido a través de los años. Incluso ahora, la población musulmana de Kheora se sigue refiriendo a ella como «nuestra Ma».

Nirmalá era llamativamente dócil, sumamente obediente, con un vivo sentido del humor, aunque a veces parecía «distráida». La extrema candidez de su naturaleza y su costumbre de cumplir las órdenes al pie de la letra tenían a veces consecuencias divertidas, pero no siempre. Cuando era todavía niña, fue llevada a una feria por una pariente, que la puso ante un templo de Shiva y le dijo que no se moviera de allí mientras se iba con sus amigas. Pero luego la pariente se olvidó por completo de la niña. Cuando finalmente, después de mucho tiempo, se acordó de ella, volvió corriendo y se quedó asombrada al encontrar a la pequeña Nirmalá Súdari sentada exactamente en la misma postura: no se había movido en absoluto.

Cuando enseñaba a Nirmalá a leer, su madre le había dicho en una ocasión que debía detenerse solamente cuando llegara a un punto final. Más tarde, si leía una frase larga, llegaría a retorcerse en su esfuerzo por llegar al punto final sin respirar. Esa obediencia extrema irritaba naturalmente a su madre, pero la palpable inocencia de la niña y sus obvias buenas intenciones impedían cualquier reprimenda.

Una moribunda *pathasala*, escuela primaria inferior, era la única institución educativa asequible a Nirmalá, y a ella asistió, aunque sólo irregularmente, durante uno o dos años. A pesar de su desigual asistencia, lo hizo muy bien en la escuela. Una vez dijo sonriente: «De un modo u otro, invariablemente sucedía que consultaba la misma lección que el profesor preguntaría, y por consiguiente siempre me encontraba bien preparada». Pero sus padres tenían dudas respecto de su futuro. Sucedía en ocasiones que no sabía dónde estaba, o que no podía recordar lo que había hecho o dicho pocos minutos antes. A veces estaba tan absorta que incluso leyendo en voz alta se perdía en mitad de una palabra, como si el intervalo entre una sílaba y la siguiente hubiera durado una eternidad.

En 1909, cuando apenas tenía trece años, y como era entonces costumbre, Nirmalá Súdari fue casada con Ramaní Mohan Chakravarti, que sería conocido más tarde como Bholanath, o Pitaji. Él era mucho mayor que ella, y en el momento de su matrimonio trabajaba en el Departamento de Policía, aunque perdió su empleo poco después. Estuvo entonces alternativamente con y sin trabajo, situación que se hizo habitual, encontrando un puesto como jefe de estación o trabajando como jardinero. Hombre bien parecido y amable, debía más tarde sacar un gran aprovechamiento de su matrimonio y contribuir al cuidado de Nirmalá Súdari con una bondad incondicional.

Mientras tanto, la novia niña era acogida en la familia del hermano mayor de Bholanath, donde permaneció hasta los dieciocho años. Según era habitual en la época, tuvo que soportar la muy dura prueba de pasar de una infancia despreocupada al papel de joven nuera, inexperta y profundamente tímida; esquema familiar de pesado trabajo doméstico, de dureza incesante y disciplina severa. Cocinaba, limpiaba, llevaba agua del estanque, cuidaba de los niños y servía a su cuñada con paciencia y modestia ejemplares. En palabras de la que fue su devota por mucho tiempo, Bithika Mukerjí:

El trabajo duro es la suerte de las mujeres campesinas no sólo en la India, sino en todo el mundo. Lo que separa a Sri Ma de todas las niñas que están en situación similar es el hecho de su total adecuación, un poco fuera de lo normal, por decirlo así. Permanecía continuamente alegre, de buen humor y más que deseosa de llevar sobre sus hombros la carga de los otros. Nada era una tarea penosa para ella. Su temperamento sereno y ecuánime no se alteraba nunca por el descuido o un tratamiento injusto por parte de los mayores [...] Llevó tiempo a las personas perspicaces comprender que Sri Ma era obediente, pero no sumisa ni sugestionable. Su compasión sin límites se derramaba en preocupación por todo el que entraba en la órbita de sus servicios: familia, vecinos, sirvientes, así como animales y plantas, sentían el toque magnético de su interés innato por su bienestar. Tenía también un sentido del humor muy vivo y travieso [...] Siempre tuvo un aura de perfección a su alrededor, pero de una forma u otra nunca abrumaba a sus compañeros. Muy al contrario; por sus maneras amables y su pronta sonrisa se hacía querer por todos los que entraban en contacto con ella.

Anandamayí describe personalmente este período de su vida:

Este cuerpo ha vivido con padre, madre, marido y los demás. Este cuerpo ha servido al marido, por eso puedes considerarlo esposa. Ha preparado platos para todos, por eso puedes considerarlo cocinera. Ha hecho todo tipo de limpiezas y trabajos domésticos, por eso puedes considerarlo sirvienta. Pero si lo ves desde otro punto de vista, comprenderás que este cuerpo no ha servido a nadie sino a Dios. Pues cuando yo servía a mi padre, madre, esposo y los demás, los consideraba simplemente como diferentes manifestaciones del Todopoderoso y como tal los servía. Cuando me sentaba a preparar la comida, lo hacía como si fuera un ritual, pues la comida cocinada estaba, en definitiva, destinada a Dios. Todo lo que hacía lo hacía en un espíritu de servicio divino. Por tanto, no era muy mundana, aunque siempre estuviera metida en asuntos domésticos. No tenía más que un ideal: servir a todos como a Dios, hacer todo por Dios.

Cuando tenía aproximadamente diecisiete años, Nirmalá fue a vivir con su esposo a Ashtagram. Fue aquí donde un vecino devoto, Harakumar, desarrolló la costumbre de dirigirse a ella como «Ma» y de postrarse ante ella mañana y noche. «Ma» es un nombre afectuoso y respetuoso para una anciana, no necesariamente la propia madre; pero se utiliza también como manera de dirigirse a un cierto tipo de mujer santa en Bengala, donde el culto a la Diosa es el más extendido. Un día, Harakumar declaró: «Ya verás, hija mía, ahora sólo yo te llamo Ma, pero un día todo el mundo te llamará Ma».

Durante su estancia en Ashtagram, se observaron por vez primera extraños estados en su cuerpo durante el canto del *kirtan*, y estos *bhavas*, o trances extáticos, debían convertirse en el aspecto más sorprendente de su conducta durante unos ocho años. A veces se quedaría muda e inmóvil después de cantar los nombres de las divinidades. Durante el *kirtan*, su cuerpo se quedaba rígido y entumecido.

Aunque Nirmalá Súdari era tan amable y servicial como la persona más exigente

podiera desear, la naturaleza extraordinaria de su carácter y de su habilidad en la realización de todas las tareas nunca se puso seriamente en discusión. Pero era muy tímida e iba siempre muy velada, más de lo que era costumbre. También en esa época empezó a entrar en estados de *samadhi* (estado de total retiro interior), pero la gente no podía comprender lo que sucedía. «A veces esos estados se producían mientras cocinaba», cuenta Gurupriya Devi, «y la gente pensaba que aquella nuera era muy soñolienta. A veces el arroz con *dal* se le caía al suelo. Entonces la esposa de su cuñado la regañaba. Ma se levantaba avergonzada, ordenaba todo y cocinaba de nuevo». Estos incidentes no cambiaron gran cosa su conducta general, y la gente sencilla, desconocedora de lo que tales cosas anunciaban, pasaba fácilmente por alto este aspecto de su vida.

En 1918, Bholanath fue trasladado de Ashtagram a Bajitpur y después estuvo empleado sólo intermitentemente. Este hombre paciente, bondadoso y apuesto, se vio enfrentado a un desafío inesperadamente grave en su fidelidad como esposo a su extraordinaria y joven mujer. La encontró rodeada por una aura de tan venerable santidad que impedía cualquier relación física. Retrospectivamente, no parece apropiado describir la vida matrimonial de esta pareja como de pureza y celibato porque esas cuestiones ni siquiera se llegaron a plantear. Como la misma Anandamayí señaló muchos años después:

En el momento de mi matrimonio, me dijeron que debía respetar y obedecer a Bholanath. Por consiguiente, le di el respeto y obediencia debida a mi padre. El mismo Bholanath también se comportó como un padre para mí. Desde el principio, parecía tener una fe absoluta en mí. Parecía estar convencido de que todo lo que yo pudiera hacer tenía que estar necesariamente bien.

Y en otra ocasión, añadió:

Hubo un tiempo en el que este cuerpo trató de realizar al pie de la letra todo lo que Bholanath pedía. Pero cuando él vio que este cuerpo se quedaba rígido, que era incapaz de realizar cierto tipo de acciones mundanas, incapaz de soportarlas, él mismo retiró gustosamente su petición. Así es como, al no oponerse a que algunas tareas pudieran no ser cumplidas, se observaba en cierto sentido una obediencia estricta. Sin embargo, un día el marido de la hermana de Bholanath vino de visita. Cuando vio que este cuerpo obedecía a Bholanath en todo, se sintió molesto y exclamó: «¿No tienes opinión propia? ¿Tienes que consultar a tu marido sobre cada detalle? ¡Vaya situación! Supón que él te pidiera que hicieras algo malo, ¿también le obedecerías entonces?». Y la respuesta fue: «Esperemos que la ocasión se presente y, cuando vaya a poner la orden en práctica, veremos qué sucede». La contestación le dejó sin habla.

Nirmalá Sündari era famosa en Bajitpur por su belleza. Una vecina, la esposa del jefe de Bholanath, decía:

Era tan hermosa que siempre que iba al *ghat* [escaleras que bajan a la charca, el río o el estanque] de los baños, el *ghat* se iluminaba con su resplandor. Otros empezaron a preguntarle abiertamente: «¿Quién eres?», queriendo decir con esto: «¿Qué clase de ser espiritual eres?». Cuando realmente era apremiada a responder a esta pregunta, parecía experimentar, al menos en sus años más jóvenes, un grado considerable de turbación. Su delicada respuesta habitual a esta pregunta, cada vez más común, era: «Yo soy todo lo que tú pienses que soy».

Los miembros de la familia de Bholanath no respondieron a la extraña conducta de esta mujer tan tranquilamente como él. Con el paso del tiempo, cuando comprendieron el alcance de la personalidad de Nirmalá Súdari, se les hizo evidente que nunca sería posible para Bholanath llevar una vida de hogar convencional, instalarse y tener hijos. Pensaron que era su deber exhortar a Bholanath a casarse de nuevo. Bholanath se negó rotundamente a considerarlo, afirmando con notable paciencia que estaba muy satisfecho con la situación en que se encontraba.

A pesar de la dureza de las responsabilidades domésticas, Nirmalá encontraba tiempo para desarrollar sus habilidades en varias artes y ocupaciones. En su duramente ganado tiempo libre, visitaba las casas de sus vecinas y allí aprendió costura, trabajo con mimbres, hilado de hilo fino y otras actividades artesanales. Hilaba de forma tan primorosa que podía poner todo el largo del cordón sagrado de un brahmán dentro de una cáscara vacía de cardamomo. Acostumbraba a regalar estas hebras sagradas, así preparadas, a varios familiares. Unas pocas muestras de sus trabajos artesanos fueron conservadas por Didi en el áshram de Benarés. Había una hermosa pieza de bordado, un dibujo de Krishna, que Didi enmarcó inocentemente y colgó en la pared. El día en que Anandamayí lo vio, lo descolgó y antes de que nadie comprendiera lo que estaba haciendo lo tiró al Ganges. No le gustaba acumular nada y amenazó a Didi con que el día de su *kheyala* (arrebato espontáneo de la voluntad), se desharía de todos los recuerdos. En consecuencia, Didi guardó todo bien escondido.

Durante los siete años que van de 1918 a 1924, cuando la pareja permaneció en el municipio de Bajitpur, Nirmalá Súdari pasó por las experiencias, procesos y técnicas de una *sádhana*, o práctica espiritual, intensiva, que se realizaban con objeto de prepararse para la realización del Sí.

Un día en Bajitpur yo había ido como de costumbre a la charca de cerca de la casa en la que vivíamos para mi baño diario. Mientras vertía agua sobre mi cabeza, el *kheyala* vino a mí: «¿Qué pasaría si adoptara el papel de *sádhika*?»; y así empezó la *lila*.

Anandamayí utiliza aquí dos palabras que son cruciales para nuestra comprensión no sólo de lo que sucedió después, sino también de toda su vida. *Kheyala*, en el uso común, significa «un pensamiento espontáneo» en tanto que diferente de un acto de la voluntad o de un deseo de un objetivo propuesto. Gopinath Kaviraj escribe de la palabra *kheyala*: «Ordinariamente significa una emergencia psíquica súbita e inesperada, sea deseo, voluntad, atención, memoria o incluso conocimiento, sin ningún antecedente causal adecuado como explicación de su origen. Hay un elemento de espontaneidad en el acto. Podría parecer análogo a las extravagancias y caprichos de una mentalidad excéntrica y no reflexiva. Matajī lo adoptó y lo usó en su propio sentido, enriqueciéndolo con sus asociaciones». En su caso, y en términos cotidianos, su *kheyala* parece haber tomado forma de las necesidades de sus compañeros. Una vez expresado, se comprobaba que una concatenación de acontecimientos conducían a su plena satisfacción. El término *lila* (más comúnmente asociado con el jugueteo alegre de la *lila de Krishna*) significa «juego», particularmente el *juego sagrado*, o el juego interminablemente variado, la manifestación, del Ser Supremo.

Con el beneficio de la percepción retrospectiva estamos ahora en condiciones de considerar la fase de Anandamayí de *sádhana* espontánea —aprendida enteramente por ella misma— como *lila*. Anandamayí iba a beneficiarse de esta intensa experiencia de innumerables maneras durante el resto de su vida; es un ejemplo sobresaliente de su espíritu práctico, una sorprendente demostración de la «destreza en acción», como la llamaba, que recomendaba a todos. Cuando daba instrucción, lo hacía con gran exactitud y un conocimiento experto. Por esta razón, la fase de su *lila sádhana* es crucial. En el momento en que se desarrolló, a Bholanath —la única persona al tanto del proceso— debe de haberle parecido, como mínimo, extraño, ocasionalmente peligroso, frecuentemente impresionante. A nosotros nos podría parecer, inicialmente, algo casi al borde de la manía, particularmente si uno no sabe a dónde lleva; considerado en el conjunto de toda una vida, todo se coloca en su lugar como si fuera inevitable. El primer punto que hay que subrayar es que todo el proceso ocurría espontáneamente, sin ninguna enseñanza de por medio. No había nadie a su alrededor para ayudarla aun cuando ella lo hubiera querido. Ni tenía ningún conocimiento anterior, ni manuales, ni lecturas en una biblioteca; la instrucción en esas materias no es normalmente asequible en la India rural; los adeptos se reúnen en centros, y Anandamayí no estuvo en relación con éstos hasta después de que todo el proceso hubiera sido completado. En sí mismo, el hecho de que ella fuera íntegramente autodidacta la distingue como un caso extraordinario.

A su regreso de la oficina, al final de la jornada de trabajo, Bholanath descubría con frecuencia a Nirmalá tumbada en el suelo de la cocina, con la comida a medio hacer o quemada. Se había olvidado del mundo y él no podía hacer nada hasta que ella espontáneamente volviera a la normalidad. Evidentemente, él no entendía lo que pasaba, y, valerosamente, la dejaba sola. Gradualmente, ella empezó a practicar *sádhana* de manera más sistemática. Su conocimiento, por supuesto, era exiguo. Todo lo que sabía era cómo repetir los nombres del Señor —Hari en su caso—, según había aprendido de su padre. Ella lo hacía siempre que estaba libre, pero Bholanath estaba perplejo.

«¿Por qué repites los nombres de Hari (Vishnu)? No somos váishnavas, somos shaktas (adoradores de la Diosa)».

«Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Debo repetir los nombres de Shiva?»

«Sí, puedes hacer eso», contestó Bholanath.

Todo le daba igual.

Cuando había terminado su jornada de trabajo en la casa, limpiaba completamente no sólo su vivienda, sino también la zona que la rodeaba, y cuando Bholanath se instalaba para descansar con un narguile, ella se sentaba en un rincón de la habitación en postura relajada. Bholanath entonces observaba fascinado cómo ella adoptaba varios *ásanas* y *mudras* yóguicos (posturas y gestos de las manos). Algunos los conocía, pero la total variedad de estos procedimientos y la rapidez con que pasaba por ellos estaba mucho más allá de su comprensión. Él estaba asombrado, cautivado y sorprendido, pero nunca asustado. Era evidente para él que esos movimientos yóguicos se producían involuntariamente. Refiriéndose a la espontaneidad de esas *kriyas* (acciones creativas), Anandamayí dijo más tarde: «Si tratara de ayudar a mis miembros al realizar el *ásana*, la secuencia de los movimientos se vería automáticamente trastornada». También

dejaría claro que ella era meramente un *testigo* de todas esas actividades.

Todos esos *ásanas* y todo lo demás no se realizaban por mi propia voluntad. En efecto, yo era incapaz de hacer algo con mis propias manos. Veía que este cuerpo se doblaba y realizaba diversos *ásanas*. Cada día se realizaban varios *ásanas*. Un día, se produjo un *ásana* particular, pero en otra ocasión, cuando de nuevo comenzó el *ásana*, yo pensé que observaría lo que sucedía. Di una ayuda extra con mi mano y lo reajusté ligeramente. Esto me provocó un brusco tirón en la pierna y me hice daño. Incluso ahora la siento sensible en ese lugar. En aquella época, yo no sabía lo que eran los *ásanas*, pero varias clases se formaban por sí mismos. Hasta entonces no había sido informada por nadie sobre cuántas clases de *ásanas* existían ni cuáles eran sus nombres. Después de eso, empecé a escuchar y a comprender claramente desde dentro lo que ocurría. El cuerpo estaba siendo girado y retorcido para realizar *ásanas* de tal manera que carecía enteramente de huesos y sólo así le era posible contorsionarse de este modo. Se doblaba en desorden en todo tipo de posiciones. La cabeza se doblaba hacia atrás y permanecía tocando la mitad de la espalda. Las manos se doblaban tan bruscamente que observarlo resultaba asombroso.

Este cuerpo no ha seguido solamente una línea particular de *sádhana*, sino que ha cubierto todas las líneas conocidas. Pasó por las diferentes modalidades de práctica mencionadas por los sabios de los tiempos antiguos. Este cuerpo pasó con éxito por *nama sádhana*, *hatha yoga* con sus numerosos *ásanas* y por todos los yogas, uno tras otro. Para alcanzar un estado particular siguiendo sólo una de esas vías, un individuo ordinario puede tener que nacer una y otra vez, pero para este cuerpo era cuestión de segundos. Además, las diferentes formas de *sádhana* que se ha visto practicar a este cuerpo no estaban destinadas a él; estaban destinadas a todos vosotros.

Este cuerpo no tiene ningún deseo, ninguna intención ni propósito determinado; todo ocurre espontáneamente.

Si este cuerpo os habla o se ríe o se acuesta para dormir, o si se deja caer al suelo y va de acá para allá, como a veces sucede durante el *kirtan*, no importa en cuántos estados y condiciones diferentes pueda parecer que está, pues permanece siempre en el estado único. En efecto, todo surge del único Ser.

El tema de la Conciencia Testigo es fundamental en el yoga indio clásico. Éste es un estado de conciencia unitaria, una continuidad uniforme e indiferenciada de testigo sin selección, que permanece constante e inalterable a lo largo de *todos los niveles* de conciencia, de todos los niveles de intensidad mental y emocional, en la vigilia, los sueños y el sueño sin sueños, en *bhava*, en *samadhi*, durante el yoga, la meditación y la expresión musical extática. La Conciencia Testigo es fruto del yoga y anterior a él, pues existe en el Presente Eterno. Por extensión, podemos decir que la *lila* de la *sádhana* de Nirmalá no es una comedia humana ordinaria, ni la interpretación de un papel, sino un juego de naturaleza sagrada en el que el «jugador» es testigo del juego, simultáneamente «actor» y «público». Pero esto es sólo un comentario a un nivel mental ordinario y carece de la brevedad y la claridad que tiene el propio relato de Anandamayí de sus experiencias yóguicas.

Durante esos períodos de *sádhana lila* intensiva se olvidaba de todo. Ni siquiera un agudo dolor físico la afectaba. A veces, cuando se empeñaba en complicadas posturas yóguicas, su larga melena negra se enredaba con sus miembros y los cabellos eran arrancados de raíz. La mayor parte de las veces la *sádhana* se producía por la noche, pero su persona cambiaba también durante el día. Parecía muy distante, y sus compañeras habituales, desconcertadas y aprensivas, la evitaban. Lamentaban que



*Anandamayí en sus años de juventud
(fotografía del archivo del áshram)*

aquella niña tan encantadora y amable hubiera sido poseída, a sus ojos, por espíritus malignos. Esta opinión ganó terreno y se aconsejó a Bholanath de diversas maneras que consultara a médicos y *ojhas* (personas que expulsan a los malos espíritus). Sintiendo impotente frente a la crítica adversa, finalmente Bholanath aceptó, pero no pudieron «curar» a Nirmalá Súdari. Un médico con alguna experiencia en histeria religiosa pensaba que no había nada patológico en su conducta. Aconsejó a su marido que la protegiera de la curiosidad pública, ya que estaba claramente en un elevado estado espiritual.

De modo nada sorprendente, ese yoga intensivo tuvo un efecto imponente sobre su cuerpo, incluidos muchos de sus procesos involuntarios, que fueron sometidos a un control riguroso. Pero, desde luego, nuestra terminología es una vez más inadecuada a la situación: ¡alguien cuyas acciones son involuntarias es poco probable que ejerza un «control riguroso»! Sea como fuere, los observadores advirtieron que entre 1918 y 1924, cuando tenía entre 22 y 28 años, sus estados físicos durante los trances y durante la enfermedad eran muy extraños. En una ocasión, su cuerpo perdió toda coordinación, con los miembros, el cuello y la cabeza tan flácidos que quedó inmovilizada durante varios días. Esas condiciones, y el hecho de que le llegara la menopausia a los 27 años, indica la naturaleza radical de estos cambios físicos. Arthur Koestler, después de una mirada superficial a la literatura sobre estos fenómenos (y ninguna observación directa de ellos) declaró arrogantemente que «Anandamayí podía ser juzgada tanto desde el punto de vista místico como desde el psiquiátrico, y estos dos no necesariamente se contradicen. Sin embargo, tenía también otros síntomas que pertenecen sólo al dominio patológico» (*The Lotus and the Robot*, Londres, 1960). Los estados patológicos, si se deja que sigan su curso, conducen a la progresiva *desintegración* de la personalidad y sólo pueden actuar negativamente hacia el desorden, la depresión y la locura. Los estados místicos, o los estados yóguicos, por el contrario, precipitan deliberadamente una desestructuración del ser para alcanzar objetivos espirituales coherentes. «Nunca se repetirá bastante —dice Mircea Eliade— que el Yoga, como muchas otras místicas, surge en el plano de la paradoja [...] todos estos ejercicios persiguen el mismo objetivo, que es suprimir la multiplicidad y la fragmentación, reintegrar, unificar, totalizar» (*Yoga: Immortality and Freedom*, Nueva York, 1958 [*Yoga. Inmortalidad y libertad*]). A la conclusión de su *sádhana*, Anandamayí emergería con vigor extraordinario para viajar a una elevada altitud en las montañas del Himalaya a un ritmo de cuarenta kilómetros diarios sin sufrir dificultades respiratorias. ¡Extraña señal de enfermedad o de histeria!

La noche de luna llena de agosto de 1922, Nirmalá Súdari pasó por los actos de la iniciación espiritual; ella sola. Tenía 26 años. No había elementos exteriores y ella misma era *Guru*, *Mantra* e *Ishta* (divinidad elegida). Durante los cinco meses siguientes su *sádhana* se hizo más concentrada e incluía la pronunciación de la sílaba «AUM» y la recitación de mantras, aunque no tenía conocimiento previo de sánscrito ni de mantras.

La noticia de todo esto llegó a otros miembros de la familia. Llegado para verla realizar su *sádhana*, su tío se exasperó, preguntando: «¿Qué sucede aquí?». Volviéndose a Bholanath, inquirió: «No ha recibido ninguna iniciación ni nada por el estilo, ¿qué es, entonces, todo esto que hace? ¿Por qué no le dices nada sobre ello?». Al instante, la expresión de Nirmalá cambió, y habló con aspereza: «¿Qué quieres decir?

¿Qué es lo que te imaginas?». Él miró cuidadosamente su ardiente expresión y retrocedió con miedo, dejando escapar: «¿Quién eres tú?». La sorprendente respuesta que salió de los labios de Nirmalá le sobresaltó: «Purna Brahma Narayaní». Dado que esto significa «el Ser absoluto incondicionado», o algo similar, su respuesta provocó que Bholanath le repitiera la misma pregunta y con igual brusquedad, a lo que llegó la respuesta: «Mahadevi» (la Gran Diosa).

Aunque estas contestaciones de Nirmalá emplean el género femenino, habría otras ocasiones en las que, en respuesta a preguntas semejantes, utilizaría el género masculino de la divinidad nombrada. Didi iría más tarde a importunarla sobre este asunto de su identidad real hasta que, un día, ella le dijo que fuera a buscar una espina de un limero. Se exprimió una baya diminuta con jugo purpúreo para hacer tinta y la espina del limero sirvió como plumilla. Matajé escribió en una hoja la palabra «Narayana» y prohibió a Didi que revelara esto a nadie hasta mucho tiempo después. Al preguntarle sobre estas crípticas respuestas, ella contestaría: «Esencialmente no hay nada manifestado o no manifestado: yo sólo trataba de explicar al Perfecto. Yo seguía cada actitud del que preguntaba. Realizaba *puja* en esa época y de ese modo fueron pronunciadas esas palabras».

Otras respuestas debían llegar también. A la pregunta de Bhaiji, su contestación fue: «Si hubiera conciencia del yo en mí, podría expresar quién soy. Como no la hay, soy lo que tú decidas decir sobre mí». Al secretario de la universidad de Dhaka: «Todo este universo es mi hogar. Estoy en mi propia casa aunque vaya de un lugar a otro». Finalmente, dio tres respuestas diferentes a alguien que le preguntaba: «Yo soy condicionada e incondicionada; ni soy infinita ni estoy confinada dentro de límites; soy las dos cosas al mismo tiempo». «Mi voluntad sería irresistible si la expresara». «Estoy con todo el mundo, no importa su edad; existo desde antes de que existiera cualquier creación, duración o disolución del mundo».

Cuando su tío le preguntó después de su autoiniciación, también dejó escapar su intención de iniciar a Bholanath, incluso hasta el punto de anunciar la fecha en que pretendía realizar la *diksha*.

(Bholanath fue su primer iniciado, el segundo sería Bhaiji muchos años después, y luego nadie más hasta su ancianidad.) Cuando ese día llegó, cuatro lunas llenas después de su propia iniciación, Bholanath, con la vaga idea de esquivar algo que iba tanto contra su inclinación como la *diksha*, particularmente recibida de su propia esposa, se fue corriendo a la oficina, sin desayunar. Sin embargo, en el momento fijado, Nirmalá envió por él. Cuando Bholanath respondió que estaba ocupado y no podía dejar el trabajo, Anandamayí le mandó decir que si no volvía a casa inmediatamente ella misma iría a buscarle. No atreviéndose a correr ese riesgo, Bholanath fue a casa a regañadientes. Ella le pidió que se bañara inmediatamente, se cambiara de ropa y se sentara. Luego pronunció mantras y le dio su primera instrucción espiritual. No sería esta la única vez que hiciera eso, pues desde ese momento se convirtió en su preceptora espiritual, en su guru. Exteriormente, sin embargo, su comportamiento hacia él no cambió en absoluto y seguía siendo su afectuosa y obediente esposa.

Didi escribe sobre una faceta mucho más emotiva de la cuestión de su identidad real, revelando esta vez un aspecto notable del matrimonio. Nirmalá estaba siendo interrogada por una formidable reunión de eminentes eruditos en Dhaka. Ella contó el



*Anandamayí en sus años de juventud
(fotografía del archivo del áshram)*

incidente de cuando su tío le había preguntado, y aquellos sabios quisieron averiguar qué había sucedido exactamente. Su rostro se ruborizó y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando contestó: «Las palabras pronunciadas entonces por mí fueron “Purna Brahma Narayana”». A pesar de su manifiesto desconcierto, los hombres persistieron, preguntándole por su autoiniciación y la iniciación de su marido. Nirmalá Súdari se volvió hacia Bholanath, sonrió ligeramente y esperó su permiso. Bholanath le indicó su negativa a concedérselo y entonces ella dijo: «Me lo prohíbe». Entonces, todavía afligida, se retiró a su habitación. Bholanath la siguió y le preguntó por qué había revelado tantas cosas cuando ella misma había prohibido anteriormente que nadie dijera nada de todo eso. Ella contestó: «No hago nada por mi propia voluntad. Me pareció que había llegado el momento para que fuera revelado». Entró en *bhava* y lloró profusamente durante mucho tiempo.

Había algo completamente extraordinario en su matrimonio, y este incidente proyecta luz sobre ello. Bholanath, tan inquebrantablemente fiel, tan calurosamente querido por todos los seguidores de su mujer, era tan celoso como Nirmalá en el mantenimiento de las apariencias externas. Ambos velaban por las necesidades del otro con atenta preocupación, y Bholanath era un bastión de fortaleza en innumerables ocasiones, cuando era el *kheyala* de Nirmalá hacer peticiones casi imposibles a todos los que la servían. Sin embargo, como muestra este incidente, había una especie de *lila* también en el matrimonio. Las convenciones externas de esposa obediente y marido patriarcal prevalecieron durante los veinte años que compartieron en su vida post-*diksha*. En realidad, la situación carecía prácticamente de precedentes en un matrimonio indio: la esposa se remitía al marido, pero el marido obedecía las instrucciones de la esposa como su guru, como hacían todos los otros seguidores, aunque él no tenía ninguna autoridad sobre éstos. Bholanath reflejaba realmente su *kheyala*: puesto que ella no podía hacer nada por su propia voluntad sino sólo poner en acto lo que procedía de la Esencia, no quebrantaba la norma de la esposa obediente cuando «daba órdenes» (su *kheyala*) a su marido; pero, como marido, Bholanath tenía derecho a dar órdenes a su mujer; sin embargo, puesto que ella era también su guru, cualquier orden que él pudiera darle sería solamente para mantener las apariencias, ¡no tendría ninguna consistencia si no fuera por *ella*! Se puede proyectar más luz sobre el significado de este *kheyala* si vemos en el matrimonio un «círculo» de *kheyala* fluyendo entre la pareja. La fortaleza de Bholanath le impide parecer sentimental, pero el suyo era verdaderamente un matrimonio realizado en el Cielo.

La joven esposa se cuidaba mucho de mantener su rostro velado, así que los hombres encontraban difícil acercarse a ella y se veían obligados a recibir su *darshan* a distancia. Si Bholanath le pedía que hablara a alguien ella lo haría, pero no de otra manera. A las mujeres de la vecindad, sin embargo, les gustaba reunirse a su alrededor, a veces aprovechándose de manera poco razonable de su paciencia. Una vez, Anandamayí sugirió a Bholanath las posibles consecuencias que se producirían en caso de que tuviera que dejar de respetar todos esos criterios de obediencia. Una vez que ella saliera de su reclusión —le dijo—, a él ya no le sería posible negar el acceso a nadie que viniera, cualquiera que fuera su casta, credo o posición. En otras palabras, él tendría que decidirse a recibir a todo el mundo, por decirlo así, y sus vidas se volverían públicas y tendrían que soportar todas las desventajas que eso acarrearía. Pero Bholanath no

permitió que esas cosas le preocuparan.

Desde diciembre de 1922 Nirmalá entró en *maunam* durante tres años, es decir, hizo un voto de silencio, procedimiento enteramente normal adoptado por muchos *sádhakas* serios. De vez en cuando, dibujaba un círculo alrededor de sí y entonces pronunciaba mantras o hablaba en lenguas ininteligibles. Después de la glosolalia, podía hablar durante un rato y luego volver al silencio. No había reglas ni tiempos fijados para esas ocasionales interrupciones de su silencio. Durante su *maunam* fue visitada por la doctora Naliní Kanyá Brahma, que ha descrito muy vívidamente este encuentro:

Era una noche fría de diciembre de 1924 cuando fui a Shahbagh para el *darshan* de Matajī [...] Nos llevaron directamente a una habitación en la que Matajī estaba sentada sola, profundamente absorta en meditación. Una débil lámpara ardía delante de ella y ésa era quizá la única cosa que había en la habitación. El rostro de Matajī estaba completamente oculto a nuestra vista porque en aquellos días ella acostumbraba a velarlo exactamente igual que una niña de aldea recién casada. Después de esperar allí durante una media hora, de repente el velo se soltó y el rostro de Matajī se hizo visible en toda su brillantez y esplendor. Matajī empezó a recitar himnos que contenían numerosos «mantras semilla» con acentos poco frecuentes, produciendo una resonancia maravillosa que afectó a todo el entorno. La tranquilidad de la fría noche de diciembre, la soledad de los jardines de Shahbagh y sobre todo el carácter sublime y sereno de la atmósfera del cuarto de Matajī, todo se combinaba para producir un sentimiento de santidad que podía percibirse claramente. En cuanto la recitación cesó, el padre de Matajī empezó a cantar algunas canciones de Ramprasad con una voz exquisitamente melodiosa, y Rai Bahadur Mukherjī observó que los dulces cantos del anciano debían de haber contribuido a provocar el descenso de Mahadevi. Mientras estuvimos en la habitación sentimos una indescriptible elevación del espíritu, un silencio y una profundidad no experimentada anteriormente. Salimos de Shahbagh tarde, por la noche, con la convicción de que habíamos estado en presencia de un Ser superior del que es difícil dudar o rechazar.

Durante el período de *sádhana lila*, Nirmalá Sándari pasaba días sin comer y sin ni siquiera beber una gota de agua. No sentía ningún deseo de comer hasta que una fase particular del proceso yóguico había cesado. Durante esos períodos de ayuno completo o parcial, su apariencia era brillante y alegre, su cuerpo ágil, lleno de salud y vigor como de costumbre. Pasó cinco meses tomando solamente un puñado de comida, hacia el anochecer. Durante ocho o nueve meses tomó solamente tres bocados de arroz durante el día y tres por la noche. Luego, durante cinco o seis meses, siguió viviendo con nada más que un poco de fruta y agua que tomaba dos veces al día. Hubo otras ocasiones en las que pasó cinco o seis meses comiendo una pequeña cantidad de arroz solamente dos veces a la semana; otros días, bastaban unas pocas frutas.

Una vez este cuerpo permaneció con vida con tres granos de arroz al día durante cuatro o cinco meses. Nadie puede vivir tanto tiempo con esa dieta minúscula. Parece un milagro. Pero ha sido así con este cuerpo. Ha sido así porque puede ser así. La razón de esto es que no todo lo que comemos nos es necesario. El cuerpo recoge solamente la quintaesencia de la comida, el resto es expulsado. Como consecuencia de la *sádhana* el cuerpo llega a estar tan integrado que aunque no tome físicamente ningún alimento, puede absorber de lo que le rodea todo lo que necesita para su mantenimiento.

Desde 1926, y durante el resto de su vida, no pudo ya alimentarse por sí misma. Cada vez que trataba de llevar comida a su boca, su presión se aflojaba y la comida se escurría de sus dedos. Esto no se debía a ninguna enfermedad. Por eso, se dispuso que quien la alimentara, una vez durante el día y otra vez por la noche, le diera solamente la comida que se podía coger con la punta de dos dedos. A días alternos bebía también una pequeña cantidad de agua. De esta manera, pasaron cuatro o cinco meses. Por naturaleza ella necesitaba muy poco alimento. Puesto que decía con frecuencia «considero todas las manos como mías; realmente, siempre como con mi propia mano», podemos comprender más fácilmente lo que de otro modo podría parecer grotescamente estrafalario. Pues si poseía un sentimiento tan profundo de identidad con todas las criaturas vivas que todas eran como las muchas partes de su propio cuerpo, entonces un acto tan privado y separado como poner comida en su boca podía ser inconcebible. Sin embargo, aquí el enigma del Espíritu hecho carne parece escapar a toda interpretación. Podemos apreciar mejor la muy evidente hipersensibilidad del cuerpo de Anandamayí leyendo sus propias palabras sobre el tema:

Cuando este cuerpo estaba ocupado en el juego de la *sádhana*, a veces, si cualquier persona se acercaba a él con un espíritu de fe profunda, este cuerpo se sentía como asfixiado. Si alguien venía a tocar mis pies, yo a mi vez debía tocar los suyos [...] Sin embargo, más tarde, daba lo mismo que alguien me tocara la cabeza o los pies. Una vez los pies de este cuerpo estuvieron doloridos como consecuencia de ser tocados por tanta gente. Sucedió también que cuando andaba alguien podía agarrarme y pararme por la fuerza para hacer *pranam* [reverencia]. Luego, en la época en yo actuaba como *sádhika*, sucedió que cuando la gente ofrecía *pushpánjali* [ofrenda ceremonial de flores en el culto] o ponía una guirnalda alrededor de mi cuello, este cuerpo se quedaba como paralizado. En otras ocasiones, si un *bhakta* ponía mis pies sobre su cabeza, este cuerpo sentía un shock eléctrico. Una vez, fue como si todo este cuerpo estuviera ardiendo. Además, cuando alguien, como tantas veces ocurría, ponía la mano en mi pie se me hacía difícil respirar; sin embargo, en otras ocasiones, la gente podía tocarme los pies o agarrarme las manos y no me importaba lo más mínimo. Alguien se inclinaba hasta el suelo ante este cuerpo y este cuerpo permanecía sentado cómodamente, sin sentir nada; tanto que alguien observó: «¡Mira qué magníficamente está sentada!». Sucede que cuando la gente hace *puja* y *áрати* a este cuerpo, alguien exclama invariablemente: «¡Mira cómo acepta el culto y la adoración!».

Palabras Anandamayí: *Comunicaciones breves 3*

La perseverancia incansable y concentrada provoca el cambio de perspectiva que te establecerá en la Paz.

Nuestra mente es la cosa más veloz de la creación. Deja que la mente se mueva constantemente a su propia velocidad hacia el objetivo único que es Dios.

Si te esfuerzas por realizarte entrando en la corriente de tu ser verdadero, esta corriente te conducirá finalmente al perfecto equilibrio de tu ser verdadero.

El Amado es comparable al hielo, que no es nada sino agua, y por consiguiente Él es sin forma, sin cualidad, y la pregunta de la manifestación no surge. Éste es el estado de realización del Sí. Pues encontrar al Amado es encontrar el propio Sí, descubrir que Dios es el Sí de uno mismo, totalmente idéntico con el Sí mismo, el Sí más íntimo de uno, el Sí del Sí de uno mismo.

Cuando uno ve una piedra, ésta no puede ser llamada *vigraha*, una imagen de la divinidad; y viendo un *vigraha* no se lo puede considerar una piedra. En aquello que es contemplado como foco para la presencia de Dios, allí Él *está* realmente. Se dice que todo es el *vigraha* de Dios y es propio que uno se esfuerce por la percepción directa de este hecho. Centrar la atención en la piedra es necedad; el hecho de la inmanencia de Dios no ha sido todavía entendido. El deleite en las cosas de este mundo, en los objetos de los sentidos, es en verdad

efímero. No dura; es impermanente. Pero donde Dios, y Dios solo, se revela, no hay impermanencia. Tu atención está dirigida hacia el mundo, no hacia el Eterno; estás identificado con lo que es transitorio, en flujo constante. ¿Qué se revela ahí? Lo perecedero. En lo perecedero no hay revelación del Sí. ¿Cómo puede la Realidad, el Ser verdadero, estar en eso? Pues la destrucción de la destrucción no se ha producido todavía. Lo perecedero debe perecer.

La luz del mundo viene y va, es inestable. La Luz que es eterna nunca se puede extinguir. Por esa Luz tú percibes la luz exterior y todas las cosas del universo; sólo porque Ella brilla siempre dentro de ti puedes percibir la luz exterior. Todo lo que se te muestra en el universo se debe solamente a esa gran Luz que está en tu interior, y solamente porque el Conocimiento Supremo de la esencia de las cosas está oculto en las profundidades de tu ser te es posible adquirir conocimiento de cualquier cosa.

Mantén el pensamiento en un nivel elevado; alabanza y reproche, suciedad y pasta de sándalo deben volverse iguales. Nada del mundo te debe parecer repulsivo. Mira en tu propio corazón y serás repelido por la repulsión.

La Divinidad es completa, total; nada puede ser excluido de ella. Por eso, hay y debe haber siempre expresiones nuevas según los modos variables que se manifiestan en tiempos y lugares diferentes. Nada, sin excepción, puede ser rechazado ni dejado fuera donde la Verdad se

revela en su pureza.